

SAN JUAN CRISOSTOMO

HOMILIAS

**Explicación de los Hechos
de los Apóstoles**

Volumen II

Serie
Los Santos Padres
N.º 19

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-2232-1991

I.S.B.N.: Tomo II - 84-7770-215

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

HOMILIA XIII

Entonces, levantándose el Sumo Sacerdote y todos los que lo rodeaban, se llenaron de envidia. Y prendieron a los Apóstoles y los pusieron en la cárcel pública.
(Hechos V, 17)

NADA HAY MÁS impudentemente audaz que la perversidad. Habían los sacerdotes experimentado la firmeza de los Apóstoles por lo que en contra de éstos anteriormente habían intentado; y sin embargo, nuevamente los acometen y se levantan en su contra. ¿Que significa: *Entonces, levantándose el Sumo Sacerdote y todos los que lo rodeaban?* Quiere decir que se commovieron y excitaron por lo que había acontecido. *Y prendieron a los Apóstoles y los pusieron en la cárcel pública.* Ahora con mayor vehemencia los acometen; pero no los juzgan inmediatamente porque esperan que se ablanden más. ¿Por dónde consta que los acometen con mayor vehemencia? Porque los pusieron en la cárcel pública. De nuevo caen en peligro y de nuevo experimentan el favor divino. ¿Cómo fue eso? Escucha lo que sigue: *Mas el ángel del Señor por la noche les abrió las puertas de la cárcel y los condujo fuera, y les dijo: Id y presentaos en el templo y predicad al pueblo toda esta doctrina de vida.*

Aconteció esto para consuelo de los Apóstoles, y enseñanza de los fieles y su utilidad. Observa cómo sucede ahora lo mismo que en tiempo de Cristo. No los deja ver los milagros hechos, pero en cambio prepara algo más por donde conozcan la verdad. En su Resurrección no permitió que vieran cómo resucitaba, porque no eran dignos de verla; pero en cambio se la manifestó con lo que entonces hizo. Y cuando convirtió el agua en vino, los comensales no advirtieron cómo lo hizo, pues estaban ebrios; pero dejó que otros juzgaran del milagro. Lo mismo acontecio ahora. Los judíos no vieron a los que eran sa-.

dos de la cárcel; pero en cambio vieron los indicios por donde podían llegar a conocer lo sucedido.

¿Por qué el ángel los libró durante la noche? Porque de este modo, más que de otro alguno debía dárseles crédito. De otro modo ya no se habrían presentado a ser interrogados. O en fin, por otro camino los sacerdotes no habrían creído. Así aconteció entre los antiguos. Por ejemplo en Nabucodonosor. Vio a los jóvenes que en el horno de fuego alababan a Dios y quedó estupefacto. Por su parte los sacerdotes, cuando lo conveniente era preguntar a los Apóstoles: ¿cómo salisteis de la cárcel?, preguntan, como si nada hubiera sucedido: *¿No os intimamos con formal precepto que no enseñarais en este Nombre?* Advierte, cómo en efecto, lo llegan a saber todo, pero mediante otros. Porque ven la cárcel cerrada y a los guardias de pie y firmes a la entrada.

Los Apóstoles, obedientes a lo que acaban de oír, entraron en el templo al despuntar el alba y se pusieron a enseñar. Cuando llegó el Sumo Sacerdote y su comitiva, convocaron al Sanedrín, o sea a todo el Senado de los hijos de Israel; y enviaron a la prisión quienes trajeran a los Apóstoles. Mas cuando llegaron los esbirros no los encontraron en la cárcel. Volviéronse y refirieron: Por cierto, hemos hallado la cárcel cerrada con plena seguridad y los guardias de pie, firmes, delante de las puertas; pero al abrir las a nadie hemos encontrado dentro. Doble seguridad, como allá en el sepulcro: el sello y los guardias. Pero advierte cuán adversarios eran de Dios.

Dime: ¿lo acontecido con los Apóstoles ¿era cosa humana? ¿Quién los sacó estando cerradas las puertas? ¿Cómo pudieron salir estando firmes los centinelas delante de las puertas? Verdaderamente palabras son esas de los sacerdotes propias de locos furiosos y de ebrios. A quienes no pudieron detener ni la cárcel, ni las cadenas ni las puertas cerradas ¿esperaban ellos poder someterlos? ¿No se portaban en esto a la manera de párvulos que no saben lo que hacen? Presentes se hallaban los esbirros, y éstos confiesan el hecho para quitar a los sacerdotes toda oportunidad de excusarse.

¿Adviertes la serie de milagros concatenados unos con otros? Unos, hechos por los Apóstoles, otros, hechos en su favor y por cierto más brillantes aún. Bien estuvo que no se les comunicara el suceso antes, sino que primero estuvieran dudosos, para que, reconociendo andar ahí de por medio el poder divino, al fin lo sepan todo. Cuando oyeron aquello el oficial de la guardia del templo lo mismo que los Sumos

Sacerdotes, quedaron desconcertados por lo acontecido, sin atinar qué había sucedido con los Apóstoles. Llegó entonces un individuo con la noticia, y les dijo: *Ved que los hombres que pusisteis en la cárcel, están en el templo y enseñan al pueblo.* Entonces fue el oficial del templo con los guardias, y los condujo, aunque no con violencia, pues temían que el pueblo los apedreara.

¡Oh necesidad! Dice que temían a la turba. Pero ¿de qué servía la turba? Cuando convenía temer a Dios, quien continuamente los sacaba de entre las garras de ellos, como si fueran aves aladas, ellos a quienes temían era a la turba. El Sumo Sacerdote los interrogó: ¿No os intimamos el precepto formal de que no enseñarais en este Nombre? Y he aquí que tenéis a toda Jerusalén llena de vuestra doctrina, y queréis hacer recaer sobre nosotros la sangre de este hombre.

¿Qué responden los Apóstoles? De nuevo les hablan con mansedumbre. Podían haberles dicho: ¿Quiénes sois vosotros para ordenar cosas en contra de la voluntad de Dios? Pero no, sino ¿qué es lo que dicen? Otra vez, exhortándolos y aconsejándolos, les responden con mansedumbre. *Pedro y los Apóstoles respondieron: Es necesario obedecer antes a Dios que a los Hombres.* ¡Bella sabiduría con la que les demuestran que están luchando contra Dios! *El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, al que vosotros matasteis suspendiéndolo de un madero. A Este lo exaltó Dios a su diestra como Caudillo y Salvador, para otorgar a Israel la conversión y el perdón de los pecados.*

Fue como si les dijera: Al que vosotros matasteis, a Ese lo resucitó Dios. Observa cómo nuevamente todo lo atribuye al Padre, para que no pareciera ser Jesús contrario al Padre. Les dice: *Lo exaltó a su diestra.* Significa con esto no únicamente la Resurrección sino además la exaltación, o sea la Ascensión. *Para otorgar a Israel la conversión y el perdón de los pecados.* Mira de nuevo el fruto y la enseñanza perfecta, propuesta bajo la forma de una defensa. Y de estos hechos suyos nosotros somos testigos. ¡Grande franqueza en el hablar! Y para que se de fe a sus palabras, añade: *Y también el Espíritu Santo, que otorgó Dios a los que le son dóciles.*

¿Adviertes cómo usan no sólo de su propio testimonio, sino además del testimonio del Espíritu Santo? Y no dijeron: El cual nos fue dado; sino: *El cual dio a los que le son dóciles.* Proceden con modestia y lo declaran gran don; y les dicen que también ellos lo pueden recibir. Mira cómo los Sumos Sacerdotes son instruidos con obras y con palabras, y sin embargo no hacen caso, para que su condenación

sea justa. Permitía Dios que los Apóstoles fueran llevados a juicio, para que aquellos otros, si querían escuchar, quedaran enseñados; y además los mismos Apóstoles crecieran en la confianza. Los Sumos Sacerdotes, al oír esto, reventaban de rabia y querían matarlos. Advierte la enorme maldad. Cuando convenía concebir temor por lo que oían, al revés, se consumían de rabia y vanamente consultaban sobre quitarlos de en medio. Pero es necesario que volvamos sobre lo que se ha leído.

Mas el ángel del Señor por la noche abrió las puertas de la cárcel y habiéndolos sacado fuera, les dijo: Id y presentaos en el templo y predicad al pueblo toda esta doctrina de vida. Habiéndolos sacado. No los saca el ángel mismo, sino que los deja libres; para que por aquí se vea el ánimo intrépido de ellos, como lo demuestran en seguida, pues aún oscura la mañana entraron en el templo y se pusieron a enseñar. Si, como creían los Sumos Sacerdotes hubieran sido los guardias quienes los habían dejado ir, sin duda que los Apóstoles se habrían escondido, en el caso de obedecer a los guardias. Más aún, si los guardias los hubieran liberado, ellos no se habrían presentado en el templo, sino que se habrían dado a la fuga: cosa que todos ven clara, si no son los necios.

¿No os intimamos con precepto formal? Si ellos os hubieran dicho que obedecían, justamente los reprenderíais; pero si ellos entonces os dijeron que no obedecerían, vanamente los reprendéis y en vano les ordenáis ahora de nuevo. Mira la inconsiguiente de los criminales y su enorme necedad. Lo que quieren es demostrar el ánimo sanguinario de los judíos; y que no preguntan por el deseo de saber, sino para vengarse. En vista de esto los Apóstoles no les responden, pues al fin y al cabo son doctores de la ley, aunque a decir verdad ¿quién que fuera otro y no ellos, tras de conmover a toda la ciudad no les habría hablado con grandilocuencia, atenido a tan grande favor? Pero ellos no procedieron así, porque no los movía la ira, sino que se compadecían y los lloraban y pensaban en el modo de sacarlos de su error y de su ira.

Ahora no les responden: *Juzgad vosotros*, sino que les dicen: *Al que Dios resucitó*; declarando con esto que todo había sucedido por divina determinación. No les respondieron diciendo: *¿Acaso no os prevenimos de que nosotros no podíamos no testificar lo que vimos y lo que oímos?*, porque no eran ríosos. Lo que hacen es repetirles la misma doctrina sobre la cruz y la Resurrección. No les dice el por qué

de la crucifixión ni que fue crucificado para bien nuestro; pero lo dejan entender aunque claramente no lo digan, para de momento apartarlos de sus propósitos. ¿Qué arte oratorio hay aquí? Ninguno. Predicaban el Evangelio de la vida sin ningún aparato. Y una vez que Pedro les hubo dicho: *Lo exaltó*, añadió el motivo: Para otorgar a Israel la conversión y el perdón de los pecados.

Alegarán algunos que tales cosas en aquel tiempo no parecían probables. Pero ¿qué es lo que dices? ¿Cómo iban a parecer improbables las cosas que ni los príncipes de los sacerdotes ni la multitud podían contradecir; y con las que a unos se les cerraba la boca a otros se los catequizaba? *Y nosotros somos testigos de estos hechos.* ¿De cuáles? De que prometió Jesús el perdón y la penitencia, pues la Resurrección era un suceso evidente a todos. Como si dijera Pedro: Y que de la remisión de los pecados somos testigos nosotros y el Espíritu Santo, el cual no habría venido si el pecado no hubiera sido perdonado de antemano. De manera que este es un argumento que no admite duda. Pero ¡oh infeliz! ¿Oyes que remite los pecados y no castiga, y tú quieres asesinar? Pero ¡cuán grande perversidad no sería ésta! Lo conveniente era desenmascarar a los mentirosos; a lo menos, si ellos no querían creer, que no quisieran asesinar.

¿Qué había en todo ello digno de muerte? Mas los Sumos Sacerdotes, a causa de su furor ni siquiera sabían lo que había sucedido. Advierte cómo aquí los Apóstoles, mencionando el crimen de los judíos, hablan de perdón, y demuestran que semejante crimen es en verdad digno de muerte; pero que como a quienes se arrepienten, se les concede el perdón. Ni ¿qué otro camino había para persuadirlos, sino enseñarles que así obrarían bien? Advierte la malicia de los jueces: les ponen delante a los Apóstoles a los saduceos, que más que nadie se duelen de que afirman la Resurrección. Pero nada logran con esta malicia.

Quizá diga alguno: pero ¿quién que gozara de los bienes de que disfrutaban los Apóstoles no se habría ensoberbecido? Pues bien, advierte cómo antes de gozar del don perseveraban unánimes en la oración, confiados en la Gracia del Cielo. Tú, en cambio, carísimo, esperas el Reino de los Cielos ¿y no quieres padecer nada? Recibiste también el Espíritu Santo, y no sufres lo que ellos sufrieron ni pasas por los peligros que ellos pasaron. Ellos antes de descansar de unas pruebas entraban en otras, y eran así arrojados a ellas. El solo ni hincharse ni darse a la vanagloria, ¿cuán grande bien no es? ¿Cuán

grande ganancia es hablar con mansedumbre? Pero no todo lo hacía la Gracia, pues hay muchos indicios del empeño que ellos ponían. A su empeño y diligencia se debía que brillaran en ellos los dones de la Gracia. Advierte cómo ya desde el principio anduvo Pedro solícito, vigilante y sobrio sobremanera. Mira cómo rechazan las riquezas que los fieles les ofrecían. Nada propio poseían, perseveraban en la oración, mostrábanse concordes, vivían ayunando. ¿De qué Gracia provenía esto? ¹.

Por tal motivo Dios hace que los Sumos Sacerdotes queden redargüidos por los mismos ministros de ellos; los cuales, al igual que los otros que habían enviado para aprehender a Cristo, y volvieron diciendo: *Nunca jamás ha hablado así un hombre*, ² regresaron y refirieron lo que habían visto. Considera la mansedumbre de los Apóstoles y cómo se contienen y también la doblada intención del Príncipe de los Sacerdotes. Les habla con fingida mansedumbre, porque teme; y más quiere prohibirles que hablen, que no matarlos. Porque esto último no puede hacerlo.

Y para conmover a los Apóstoles y persuadirlos de que se encuentran en grave peligro, les dice: *¿Queréis hacer recaer sobre nosotros la sangre de este hombre?* ¿todavía te parece que es sólo hombre? Lo dijo para hacerles ver que semejante mandato les era necesario. Pero advierte lo que Pedro dice: *A Este lo exaltó Dios a su diestra como caudillo y salvador para otorgar a Israel conversión y perdón de sus pecados.* No menciona a los gentiles para no dar ocasión a mayor contienda.

Y querían acabar con ellos. Mira cómo de nuevo los Sumos Sacerdotes se encuentran entre angustias y dolores, mientras los Apóstoles disfrutaban de quietud y placer y gozo. Ni simplemente se dolían los Sumos Sacerdotes, sino que se destrozaban ³. Esto es a la verdad aquello de: padecer el mal es hacer daño a otro, como aquí se ve. Los Apóstoles estaban encarcelados; eran llevados ante los jueces; y los jueces eran quienes estaban en angustias y en absoluto sin saber qué partido tomar. Como sucede a quien golpea un diamante, que es él quien recibe la herida: así les aconteció a los jueces.

Veían que nada quebrantaba la confianza de los Apóstoles, sino que, al revés, la predicación se extendía más y más; y que se expresaban sin ningún temor y que no daban ocasión alguna para castigarlos. Imitémoslos, carísimos, y en las adversidades mantengámonos sin temor. Nada hay pesado para quien teme a Dios; pero a quienes no lo

temen les amenazan graves males. Quien mediante la virtud domina las pasiones de su ánimo y deja pasar lo presente como si fuera una sombra, ¿qué padece de otros o por qué ha de pensar que lo que de otros padece es cosa pesada? Acojámonos a esta roca incombustible.

Si alguno nos construyera una ciudad y la rodeara de una muralla; o mejor aún, nos llevara a una región en donde nadie perturbara, y al mismo tiempo nos suministrara abundancia de todas las cosas, de manera que nada tuviéramos que ver con nadie, no nos proporcionaría una seguridad tan grande como es la que ahora Cristo nos proporciona. Sea por ejemplo, si os parece, una ciudad construida de bronce, ceñida de un muro fuerte e inexpugnable, y que no tenga enemigo alguno, y posea tierras gruesas y fértiles y abunde en todas las demás cosas, y que sus ciudadanos sean mansos y tratables y no se vea en ella hombre alguno perverso, ni ladón, ni salteador de caminos ni sicofanta, y en donde no haya tribunales, sino únicamente contratos sin doblez, y suponed que habitamos en semejante ciudad: pues bien, ni aún allí viviríamos tan grandemente seguros. ¿Por qué? Porque todavía sería necesario andar en discusiones con los siervos, la esposa y los hijos, con lo que habría ocasión de grandes tristezas. Acá, en cambio, nada de eso había, pues nada había que causara dolor ni molestia.

Y lo que es muy de admirar es que lo que a nosotros nos parece que acarrea tristeza, era allí motivo de completa alegría y gozo. Porque, dime: ¿qué motivo tenían para entristecerse? ¿Qué podía molestarlos? ¿Quieres que traigamos aquí al medio a alguno de ellos? Sea, por ejemplo, un varón consular que mucho abunde en riquezas y viva en la ciudad imperial, que con nadie tenga dificultades y se entregue a los placeres y no se ocupe en otra cosa, pues se halla colocado en la cumbre de las riquezas, los honores y el poder. Pongámoslo, si os parece, en parangón con Pedro, que vive entre cadenas y males sin cuento. Veremos que todavía es Pedro quien vive entre deleites. Pues siendo tan grande su gozo que aun halla deleite en las cadenas, piensa cuánta será la grandeza de su alegría.

Así como los que poseen una alta magistratura, si alguna cosilla molesta les acaece no la sienten, sino que no pierden su alegría, así sucede con estos otros, pues con semejantes males es con lo que más se regocijan. ¡No, no se puede, es imposible explicar el placer de quienes sufren por Cristo alguna cosa pesada! Más se deleitan en sus males que en sus bienes. Quienquiera que ama a Cristo entiende lo

que digo. Pues ¿qué? ¿acaso para su seguridad habían de huir de semejantes males? Yo pregunto: ¿quién hay tan abundante en riquezas que viva entre gente y pueda huir de tantos peligros como suceden por un solo cambio en la república?

Pero los Apóstoles, como empujados por una orden del rey, todo lo llevaban a cabo, y aun con mayor facilidad. Porque un mandato regio no es capaz de llevar a cabo lo que operaba la predicación de ellos. El mandato regio obliga porque impone una necesidad, mientras que los Apóstoles llevaban a cabo la empresa espontánea y voluntariamente e incluso con acciones de gracias en sus padecimientos. ¿Qué mandato regio habría podido persuadirlos a dejar todas sus riquezas y aun a exponer su vida y despreciar su casa, su patria, sus parientes y la salud? Pues bien, esto lo lograron las palabras de unos pescadores y fabricantes de tiendas de campaña, hasta el punto de que arrebatados de gozo y en el gozo viviendo, eran más poderosos y fuertes que todos.

Dirás: ¡Sí! ¡pero ellos hacían milagros! Sea así. Pero los otros que se convertían, o sea aquellos tres mil y cinco mil que vivían exultantes de gozo ¿qué milagros hacían? Y con razón vivían así, puesto que se había suprimido la causa de la tristeza y de todos los males: la posesión de las riquezas. Esa posesión de las riquezas era la causa de las guerras, disputas y todos los malestares que hacían la vida trabajosa y penosa. Muchísimos más ricos que no pobres encontrarás tristes. Y si algunos no lo creen, débese esto no a la naturaleza de las cosas, sino por sus modos de ver.

No es maravilla que los ricos tengan algún placer. También los que están llenos de sarna sienten gran placer en su comezón. Y que los ricos no difieran de los sarnosos se ve claro por lo que sigue. A los ricos los devoran los cuidados; y sin embargo quieren tenerlos a cambio del momentáneo placer que experimentan. Los que están libres de semejantes cuidados pasan la vida sanos y sin tristezas. Pregunto yo: ¿qué es más dulce, qué es más seguro: no tener solicitudes sino cuidar únicamente del pan y del vestido o tener que cuidar de infinitos servos e hijos y descuidarse de sí mismo? Así como aquel teme sólo por sí mismo, así tú temes por todos los que dependen de ti.

Preguntarás: ¿por qué parece que la pobreza ha de huirse? Por la misma razón que tienen muchos otros para huir de bienes que de suyo no se han de huir, sino que son difíciles de alcanzar. No hay por qué huir de la pobreza; sino que resulta difícil su ejercicio. Si alguno

pudiera soportarla, ya no parecería ella digna de huirse. ¿Por qué no la aborrecían los Apóstoles? ¿Por qué aún ahora muchos la escogen? Y no sólo no la rechazan, sino que corren hacia ella. Lo que de verdad ha de huirse no parece que puedan desecharlo sino quienes estén privados de razón.

Si los filósofos, los más elevados de entre los hombres, se acogen a la pobreza como a sitio seguro y sin riesgo, nada admirable hay en que los demás piensen de otra manera. El rico no me parece ser sino una ciudad situada en un llano, desprovista de murallas, que de todos lados atrae a quienes quieran ponerles asechanzas; mientras que la pobreza es como una fortaleza que está guarneida y rodeada de muros de bronce y edificada en un lugar inaccesible. Alegarás que las cosas van al revés, pues los pobres con frecuencia son llevados a los tribunales y se les causan daños y lo pasan mal. Es verdad; pero no son los pobres simplemente, sino los pobres que quieren enriquecerse. Yo no hablo de éstos, sino de los que procuran vivir en pobreza. Dime: ¿por qué nadie arrastra a los tribunales a los monjes que viven en las montañas? Si la pobreza como tan fácilmente fuera oprimida, sin duda que quienes más serían llevados a los tribunales serían aquellos, pues son los más pobres de todos los hombres.

¿Por qué nadie lleva ante los tribunales a los mendigos? ¿Por qué nadie les hace violencia ni los calumnia? ¿Acaso no es porque han colocado su morada en el sitio más seguro? ¿A cuántos en gran muchedumbre las palabras pobreza y mendicidad les significan lo que hay de más infeliz? Dirás: pero entonces, ¿es bueno andar mendigando? Bueno es si hay quien consuele, si hay quien haga limosna; pues en tal caso nadie ignora que ese género de vida es descansado y seguro. Pero yo no lo alabo ¡lejos tal cosa! Lo que apruebo y recomiendo es que no se anhelen las riquezas.

Dime: ¿a quiénes llamarías tú felices: a quienes se empeñan en ejercitar la virtud o a quienes andan lejos de ella? Sin duda que a los empeñosos. ¿Y cuáles serán más idóneos para aprender las cosas útiles y para dar esplendor a la virtud: aquéllos o éstos? Es claro que aquéllos. Si no lo crees, sábelo ahora. Venga aquí uno de los que mendigan en la plaza, un ciego, un cojo, un mutilado de sus miembros; y venga otro que sea hermoso en su presencia, robusto en su cuerpo, lleno de vida, con grandes riquezas, y clara nobleza y poderoso⁴. Dediquemos a ambos al estudio de la virtud y veamos cuál de ellos comprende y se apropiá mejor la doctrina.

Sea el primer precepto: Se humilde, se modesto, pues eso ordena Cristo. ¿Cuál de los dos podrá mejor practicarlo? Bienaventurados los que lloran. ¿Cuál de los dos hará caso de semejante precepto? Bienaventurados los humildes. ¿Cuál de ambos obedecerá? Bienaventurados los limpios de corazón; bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia; bienaventurados los que padecen persecución por la justicia⁵. ¿Cuál de ambos con mayor facilidad aceptará estos mandatos? Y si quieres examinémoslos aplicados a entrumbos. ¿Acaso el uno no anda hinchado todo y soberbio, mientras que el otro en absoluto siente de sí bajamente y es humilde? Ciertamente que así van las cosas.

Hay entre los paganos una sentencia parecida: Esclavo en verdad es Epicteto, de miembros mutilados, en la pobreza un Iro; pero es amigo de los dioses inmortales⁶. Tal es el pobre. En cambio, en el alma del rico pululan toda clase de males: arrogancia, vanagloria, codicia, ira, furor, avaricia, injusticia y demás enfermedades espirituales. De manera que es evidente ser más para la virtud el alma del pobre que esta otra. Sin duda queréis ver también cuál de ambas es más feliz por su vida placentera, porque veo que muchos lo preguntan: ¿cuál de ambas lleva una vida más agradable? Pero en este punto, no puede caber duda: quien está más sano es quien vive en continuo placer.

Ahora bien, yo pregunto: ¿Cuál de ambos es más apto para guardar esas leyes que queremos poner en práctica? ¿El pobre o el rico? ¿Quién será más fácil en jurar: el que se irrita con sus hijos y celebra pactos sin cuento, o el que se acerca a suplicar un pan y un vestido? Este no necesita de juramentos, si quiere; pues continuamente se halla libre de negocios. Más aún: quien no aprendió a jurar con frecuencia será quien desprecie las riquezas; y mediante esta buena costumbre, podrá ver abiertos para él los caminos de la virtud por todas partes; y que todo conduce a la equidad, al desprecio de los dineros, a la piedad, al buen orden del alma, a la compunción del corazón.

No seamos, pues, negligentes, carísimos, sino pongamos toda diligencia: los que ya se enmendaron para que conserven lo que han ganado con la enmienda y no fácilmente vuelvan atrás ni desmayen; y los que se han quedado retrasados, para que de nuevo se levanten y cuiden de alcanzar lo que les falta. Desde luego, quienes ya se enmendaron tiendan la mano a los que no lo han logrado, como a quienes aún andan nadando en el piélago, y recíbanlos en el puerto libre de

juramentos. Porque el no jurar es un puerto: puerto oportuno para que a nadie lo engullen las olas mientras el huracán se echa encima. Pues aun cuando se enfurezca la ira o la cólera por el daño recibido o se levante el furor u otra pasión cualquiera, el alma estará segura, de tal manera que no proferirá nada que conveniente no sea, pues no se ha impuesto necesidad ni ley alguna que a hacerlo la obligue.

Mira lo que hizo Herodes a causa de un juramento: cortó la cabeza del Precursor. Dice la Escritura: *En atención al juramento y por no disgustar a los comensales, no se atrevió a desairar a la muchacha*⁷. Y ¿qué no sufrieron por causa de un juramento las tribus en el caso de la de Benjamín? (Jueces XXI, 10). ¿Qué sufrió Saúl a causa de un juramento? Saúl perjuró; Herodes, cometió un asesinato, peor que un perjurio. También Josué, a causa del juramento hecho a los gabaonitas, sabéis todo lo que padeció. ¡Lazo satánico es el juramento! Rompamos ese lazo y nos hallaremos en situación de poder defendernos libremente. Librémonos del lazo satánico; reverenciamos el mandato de Dios; tomemos la óptima costumbre de no jurar; para que así, adelantando en la virtud y cumpliendo éste y los demás preceptos, consigamos los bienes que están prometidos a los que aman a Dios, por gracia y benignidad del Señor nuestro Jesucristo, con el cual sean el Padre juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder, y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Parece ser el pensamiento del Santo, que todas esas buenas obras procedían del fervor de los Apóstoles, independiente y anteriormente al auxilio de la Gracia. Varias veces hemos indicado ya que en este punto la idea del Santo andaba aún indecisa y oscura. Fue San Agustín quien definitivamente profundizó el problema.
2. Juan VII, 46.
3. Nótese la fuerza pintoresca del verbo *diepierto*, que significa literalmente aserrar. No se confunda con *príoon*, el marchante.
4. Anota Migne: parece que el Crisóstomo tomó esto de *La República* de Platón. 1. VI., a pesar de que se le suele mostrar *non parum infensus*. El Santo aborrecía no a los filósofos paganos en lo que tienen de bueno, sino el daño que causaban a los fieles por lo malo y lo fabuloso que contienen; en especial tratándose de cristianos helenos.
5. Mat. V, 1-10.
6. Es un dístico heleno de autor desconocido. Puede verse el epígrama en la Antología Palatina VII, 676
7. Marc. VI, 26.

HOMILIA XIV

Entonces se levantó en el Sanedrín un fariseo, por nombre Gamaliel, doctor de la Ley, de gran prestigio ante todo el pueblo; y ordenó sacar fuera un momento a aquellos hombres.

(Hechos V, 34)

GAMALIEL ERA EL MAESTRO DE PABLO; y es cosa de admirar que teniendo tan recto juicio y siendo perito en la Ley, aún no creyera. Pero tampoco era en absoluto incrédulo, ni pudo permanecer totalmente cerrado, como se ve por las palabras que usa al dar el consejo. Dice Lucas: *Ordenó que sacaran fuera un momento a aquellos hombres.* Advierte la prudencia del discurso y cómo inmediatamente puso temor a los demás. Para no caer en la sospecha de que pensaba como los otros, dialoga con ellos como si ya fueran de su misma opinión; y no usa de extremada violencia, sino que les habla como a personas que se encuentran ebrias de furor; y les dice: *Varones de Israel: mirad bien por vosotros en lo que vais a hacer en el asunto de estos hombres.*

Como si les dijera: No os comportéis ligeramente ni a la buena ventura. Pues hace poco se levantó Teudas y se proclamó cabecilla, al cual se adhirieron como unos cuatrocientos hombres. El fue muerto; y cuantos lo seguían y obedecían sus consignas se dispersaron y redujeron a nada. Mediante ejemplos los quiere reducir a lo razonable; y les presenta para su consuelo al cabecilla que más gente había seducido. Pero antes de poner los ejemplos, les dice: *Mirad por vosotros.* Luego profiere su parecer diciendo: *ahora, pues, yo os digo: desentendeos de estos hombres.* Después de Teudas se levantó Judas el galileo, en los días del empadronamiento, y arrastró en pos de sí mucha gente; y también éste pereció y todos cuantos lo siguieron se dispersaron. *Aho-*

ra pues yo os digo: desentendeos de estos hombres y dejadlos estar. Porque si su proyecto es obra que viene de los hombres, se desvaneceará. Mas si proviene de Dios, no podréis destruirla.

Como si les dijera: Esperad un poco. Pues si de propia idea se han convenido, nada impedirá que se disuelvan. *No sea que se os encuentre luchando contra Dios.* Los aparta del asunto así por la imposibilidad como por la utilidad. No declara a manos de quién murieron los alzados, tal vez porque juzgó ser inútil extenderse en eso. Mas por lo que añade, les enseña que si es de hombres la obra no hay para qué os preocupéis; pero si es divina, hagáis lo que hagáis no podréis someterla.

Pareció prudente el discurso y se persuadieron de no dar muerte a los Apóstoles, sino únicamente azotarlos. Pues dice: *Estuvieron de acuerdo con él. Y habiendo llamado de nuevo a los Apóstoles los azotaron y les intimaron que no predicaran el Nombre de Jesús. Y los dieron libres.* Advierte cómo tras de tantos milagros, son azotados. Y sin embargo la predicación se extendía, pues enseñaban en las casas y en el templo. Ellos, por su parte, salieron de la presencia del Sanedrín llenos de gozo por haber sido hallados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre de Cristo. Y durante todos los días no cesaban de enseñar y evangelizar sin reposo a Jesucristo en el templo y en las casas.

En aquellos días, al multiplicarse los discípulos, se produjo una querella de los helenistas contra los hebreos, porque sus viudas, que abundaban, eran desatendidas en el suministro público cotidiano. No quiere decir que precisamente en esos mismos días; sino que es costumbre de la Escritura decir como inmediatas cosas que más tarde sucederán. Por tal motivo se expresa así. Pienso que aquí llama *helenistas* a los que hablaban en griego; pues éstos, aun siendo hebreos, usaban el idioma heleno¹.

He aquí otra prueba. Más aún, si te fijas, podrás ver que desde el principio hubo batallas dentro y fuera de la Iglesia. Dice, pues: *Habiendo los Doce convocado a la multitud de los discípulos, les dijeron: No es conveniente que nosotros desatendamos el ministerio de la palabra de Dios, por el servicio de los alimentos.* Razonable. Porque se ha de preferir lo más necesario a lo que simplemente se necesita. Advierte cómo desde luego cuidan de esas cosas, pero no descuidan la predicación. Se les prefiere como más respetables. *Poned, pues, hermanos, los ojos en siete de entre vosotros bien acreditados, llenos de Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes podamos poner al frente*

de este servicio. Nosotros empero, nos consagraremos a la oración y al ministerio de la predicación. Y agradó la propuesta a toda la asamblea. Y eligieron a Esteban, varón lleno de fe y de Espíritu Santo.

Ciertamente estaban llenos todos aquellos que eligieron para que no aconteciera lo que en Judea y en Ananías y Safira. *Y a Felipe y a Prócoro y a Nicanor y a Timoteo y a Parmenas y a Nicolás, prosélito de Antioquía; y los presentaron a los Apóstoles, quienes, después de haber hecho oración, les impusieron las manos. Y la palabra de Dios se difundía y el número de los discípulos se multiplicaba sin cuenta en Jerusalén. Incluso gran número de sacerdotes se adhirieron a la fe.* Pero repitamos lo ya dicho.

Varones, cuidad de vosotros. Advierte cómo aquí Gamaliel les hablaba con mansedumbre y brevemente y no hace referencia a las antiguas historias, aun cuando podía hacerla, sino a las recientes, que sobre todo eran increíbles. Por eso veladamente insinúa y dice: *En estos días pasados*, como declarando que no hace mucho tiempo. Si hubiera comenzado diciendo inmediatamente: Dejad libres a estos hombres habría incurrido en sospechas y su discurso no habría tenido tanta fuerza: ahora, en cambio, con eso y con los ejemplos, la adquirió. Por tal motivo no refiere sólo un ejemplo, sino dos. Podía haber añadido un tercero, a mayor abundamiento y para más confirmar su aserto y apartarlos de su sanguinaria determinación.

Desentendeos de estos hombres. Advierte la suavidad de sus costumbres. Tampoco hizo un largo discurso sino breve. No presenta con cólera los ejemplos. *Y todos cuantos obedecían sus consignas, se disgregaron.* Hablando así, no blasfema contra Cristo, sino que logra lo que sobre todo quería. Dice: *Si es proyecto u obra que proviene de hombres, se disolverá.* Por aquí parece que los acomete con un razonamiento diciéndoles: Puesto que la obra no se ha disuelto, no es humana. *No sea que os encontréis luchando contra Dios.* Lo decía para reprimirlos con el argumento de lo imposible.

Si proviene de Dios no podréis. No dijo: Si Cristo es Dios, pues la obra misma proclamaba esa divinidad. Por su parte, ni afirmó que fuera humana ni que fuera divina, sino que dejó que el tiempo futuro los persuadiera. Preguntarás: pero, si con su discurso los persuadió ¿por qué azotaron a los Apóstoles? No pudieron contradecir nada a lo justo de las palabras de Gamaliel; sin embargo, desahogaron su furor. Por otra parte, esperaban que así aterrorizarían a los Apóstoles. Los

hizo más asequibles el que Gamaliel les hiciera su razonamiento no estando presentes los Apóstoles; y también con la dulzura de sus palabras y lo justo de su sentencia los persuadió a no matarlos.

Casi predicaba Gamaliel el Evangelio en lo que dijo. Al hablarles con justicia, parecía decirles: Ya estáis persuadidos de que no podéis detener esta obra. Entonces ¿por qué no creísteis? Tan gran cosa es la predicación que aun sus enemigos dan testimonio en su favor. Allá se levantaron cuatrocientos y luego una gran muchedumbre; acá los primeros fueron doce. Por consiguiente no podía aterrorizaros la gran multitud que luego se les ha acercado. *Pues si el proyecto proviene de hombres, se desvanecerá.* Podía haber añadido el otro ejemplo del egipcio, pero hubiera sido superfluo.

¿Adviertes, cómo cerró su discurso infundiéndoles terror? No profiere sencillamente su parecer y sentencia, para no parecer que está dependiendo de los Apóstoles, sino que argumenta apoyándose en el éxito del negocio. No se atrevió a afirmar que la doctrina apostólica no era humana, ni que venía de Dios. Si hubiera afirmado que venía de Dios, le habrían contradicho; y si hubiera afirmado que provenía de los hombres, los Sumo Sacerdotes estaban de todos modos siempre dispuestos a combatirla. Por tal motivo les indica que esperen hasta ver los resultados; y así les dice: *Desentendeos.*

Pero los sumos Sacerdotes siempre amenazan, aun sabiendo que nada pueden lograr, obrando según su costumbre sanguinaria. Así es la perversidad. Con frecuencia intenta aun lo imposible. *Tras de éste surgió Judas.* Si con cuidado revolvéis los libros de Josefo² conoceréis el hecho más pormenorizadamente; pues narra él con diligencia la historia de ambos personajes. ¿Observas qué cosa tan notable se atrevió a decir, o sea que *si proviene de Dios*, cosa que luego por los hechos mismos se hizo creíble y se confirmó? Grande confianza demuestra en verdad y ninguna acepción de personas.

Se rindieron a su razonamiento. Y habiendo llamado a los Apóstoles, tras de azotarlos, los dejaron libres. Respetaron el parecer de Gamaliel y desistieron de su determinación de matarlos; pero los azotan y luego los dan libres. *Y ellos salieron de la presencia del Sanedrín llenos de gozo por haber sido hallados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre de Cristo.* ¡Cuánto más admirable es esto que todos los milagros! Jamás aconteció esto entre los antiguos. Jeremías fue azotado por la palabra de Dios; hubo amenazas contra Elías y los otros profetas. Pero los Apóstoles por este hecho, no menos que por

los prodigios, testificaron el poder de Dios. No dice que no sintieran dolor, sino que a pesar del dolor salían gozosos. ¿Cómo queda esto claro? Por la subsiguiente libertad en hablar: después de cada castigo, igualmente continuaban la predicación sin cesar. Declarando esto, dice: *Y ora en el templo, ora por las casas, predicaban sin reposo y evangelizaban a Cristo Jesús.*

En aquellos días. ¿En cuáles? en los que tenían lugar los sucesos referidos: cuando había azotes, cuando había amenazas, cuando se multiplicaban los discípulos, entonces: *Se produjo una querella.* Quizá se suscitó a causa de la misma gran multitud; porque en una multitud no es fácil conservar el orden. *Incluso un gran número de sacerdotes se adhirieron a la fe.* Se da a entender que muchos de los que maquinaron la muerte de Cristo creyeron.

Se produjo una querella porque en el suministro cotidiano quedaban desatendidas sus viudas. De modo que había suministro diario para las viudas. Advierte cómo aquí al suministrar lo llama ministerio y no limosna. Y por este medio honra así a los que lo daban como a las que lo recibían. La querella no nació de malicia, sino quizá de la falta de reflexión de la turba. Mencionó Lucas esto que era un mal pequeño, pero que era necesario curar rápidamente.

¿Observas cómo a los principios hubo males no sólo en lo exterior, sino también en lo interior de la Iglesia? Fíjate no únicamente en que con rapidez se curó sino también en que no era un mal grave. *Poned, pues, los ojos, hermanos, en siete de entre vosotros.* No proceden por simple ocurrencia propia, sino que primero se excusan ante la multitud: cosa que también actualmente convendría que se hiciera. Dicen: *No es conveniente que nosotros releguemos la predicación de la palabra de Dios por el servicio de los alimentos.* Desde luego declara lo absurdo de la situación, manifestando ser imposible atender cuidadosamente a ambas cosas. Cuando fue conveniente consagrarse a Matías, comenzaron por manifestar la necesidad de hacerlo, pues había defecionado uno de los Doce, y convenía que fueran Doce. También ahora manifestaron la necesidad que había. Y no lo hicieron precipitadamente y a punto, sino que esperaron a que brotara la dificultad, aunque no esperaron a que mucho creciera.

Observa cómo dejan el juicio a los discípulos y prefieren a los que éstos escojan y a todos agraden y tengan buen testimonio de parte de todos. Cuando fue necesario proponer a Matías, dicen: Conviene que sea uno de los que han estado con nosotros todo el tiempo. Ahora no

proceden así, pues el negocio no era de la calidad de aquel otro. Por lo mismo tampoco lo decidieron por suertes. Podían ellos, bajo la acción del Espíritu Santo, elegir por sí mismos; pero no lo hicieron, sino que se atuvieron a lo que pareciera bien según el testimonio de la multitud.

Ciertamente a ellos les tocaba determinar el número y ordenar para semejante ministerio; pero permiten a la multitud elegir las personas para no parecer que procedían por favoritismo. También Dios permitió a Moisés elegir a los ancianos según el conocimiento que de ellos tenía. Pero en pasos semejantes es necesaria abundante sabiduría. Y no penséis que, pues no se les confiaba el, ministerio de la palabra, no necesitaban sabiduría: la necesitaban y muy grande.

Nosotros empero nos consagraremos a la oración y al ministerio de la predicación. De modo que al principio y al fin de su propuesta se excusan. Dicen: *Nos consagraremos.* Y así se necesitaba, y no hacerlo a la ligera y de cualquier modo, sino con perseverancia. *Agradó la propuesta a toda la asamblea.* Cosa digna de la sabiduría de ellos. Y todos aplaudieron lo dicho por los Apóstoles. Tan prudente así era. Y eligieron, dice (de nuevo son ellos los que escogen), a Esteban, varón lleno de fe y de Espíritu Santo, y a Felipe y a Prócoro y a Nicanor y a Timón y a Parmenas y a Nicolás, prosélito de Antioquía. Y los presentaron a los Apóstoles, quienes, después de hacer oración, les impusieron las manos. Queda claro con esto que los segregaron de la multitud; y que la multitud los presenta y no son los Apóstoles quienes los llevan. Observa cómo nada superfluo dice Lucas, sino sencillamente que fueron ordenados precediendo la oración, pues eso es ordenar. Se les imponen las manos, pero es Dios quien todo lo obra. Es su mano la que toca al que es ordenado si se le ordena en la forma que conviene.

Y la palabra de Dios se difundía y el número de los discípulos se multiplicaba. No en vano lo hace notar Lucas, sin para manifestar cuán grande es el poder de la limosna y el recto orden. Como en seguida va a referir los sucesos de Esteban, echa por delante las causas de ellos y dice: *Incluso un gran número de sacerdotes se adherían a la fe.* Conociendo lo que Gamaliel, principal y doctor entre ellos, había dicho, procuraban ya la experiencia mediante las obras. Y es cosa digna, de admiración que en la elección de las personas no hubiera partidos ni disensiones; y también que ninguno fuera rechazado por los Apóstoles.

Pero vengamos ya a declarar qué dignidad fue la que tuvieron y qué clase de ordenación la que recibieron. ¿fue la de los diáconos actuales? No existía aún en la Iglesia, sino que se gobernaba mediante los presbíteros. Tampoco había obispo alguno fuera de los Apóstoles. Yo pienso que por este motivo no se admitió ni se publicó por entonces el nombre de diáconos ni el de presbítero, aun cuando lo siete fueron ya ordenados para este ministerio. Tampoco se les concedió simplemente este oficio, sino que se pusieron en oración, a fin de que se les concediera semejante poder.

Advierte además que si fueron necesarios siete varones, quizá correspondía esto a la afluencia de limosnas y a un muy grande número de viudas. También las oraciones se hacían no a la ligera, sino con gran atención, lo mismo que la predicación; porque muchas cosas se hacían interviniendo la oración. Se daba la preferencia a lo espiritual y con oraciones se enviaba a los sujetos a peregrinar; y con oraciones fue como se les concedió a los diáconos la predicación. No lo dice claramente Lucas. Tampoco los alaba. Lo único que afirma es que no era conveniente abandonar el ministerio encomendado.

Ya Moisés había instruido a los sacerdotes para que se encargaran de todo. Y Pablo dice: *Solamente que no olvidáramos a los menesterosos*³. Y en qué forma aquellos diáconos antecedieron a los actuales, óyelo: Ayunaban y perseveraban en la oración. Convendría que esto mismo se hiciera en la actualidad. Y los llamó Lucas no únicamente hombres espirituales, sino llenos de Espíritu Santo y de sabiduría indicando así que fue cosa de gran virtud y discreción tolerar las acusaciones de las viudas. Pues ¿qué utilidad hay en que quien administra no hurte pero en cambio todo lo disipe? ¿o si es feroz y se encoleriza? En tales virtudes fue notable Felipe, pues de él se dice: *Y habiendo nosotros entrado en la casa de Felipe, permanecimos allí*⁴.

¿Adviertes cómo todo se va disponiendo en un modo que no es humano? *Y se multiplicaba el número de los discípulos en Jerusalén*. Crecía en Jerusalén la multitud de los creyentes. Cosa admirable. En donde Cristo había sido muerto, allí se extendía la predicación. Y no sólo no se escandalizaron algunos de los discípulos al ver que los Apóstoles eran azotados y que otros fieles eran amenazados, y otros tentaban al Espíritu Santo y otros murmuraban, sino que, al revés, más y más se acrecentaba el número de los creyentes. Así, por ejemplo, con motivo de lo de Ananías, se tornaban mejores y mayor reverencia les tenían a los Apóstoles.

Pero advierte en qué forma crecía la multitud: creció después de las pruebas y no antes. Considera la gran bondad de Dios. De entre los mismos sacerdotes que excitaban a las turbas a pedir la muerte de Cristo; de entre esos que gritaban: *A otros los hizo salvos pero a Sí mismo no puede librarse*⁵, de entre éstos dice Lucas: *Muchos se adherían a la fe*. Imitemos a éstos. Cristo los abrazó y no los rechazó. Paguemos con beneficios a nuestros enemigos que nos hayan causado males. Si poseemos algunos bienes, démoselos y no dejemos de hacerles beneficios; puesto que si conviene, sufriendo los males, calmar su furor, mucho más lo es haciéndoles beneficios: menos es esto que eso otro.

Porque no es lo mismo hacer el bien a nuestros enemigos que anhelar padecimientos mayores aún. Por medio de aquellos vendremos a esto. Esta es la propia nobleza de los discípulos de Cristo. Ellos crucificaron a Cristo, que había venido para hacerles beneficios, y azotaron a los discípulos de El; y El en seguida los levanta a los mismos honores que a los discípulos y les comunica sus bienes lo mismo que a éstos. Imitemos a Cristo, os lo ruego. Y conviene en esto imitarlo, pues ello nos iguala a Dios, por ser obra más que humana. Empeñémonos en hacer limosnas. Estas son el pedagogo y el maestro de la otra virtud que decíamos. Quien ha aprendido a compadecerse del oprimido por la calamidad, aprenderá también a olvidar las injurias. Quien aquello ha aprendido, podrá muy bien hacer beneficios a sus enemigos. Aprendamos a dolernos de los males del prójimo, y así aprenderemos también a tolerar los males que ellos nos causan.

Preguntamos a quien no siente bien de nosotros si acaso no se reprocha a sí mismo, si no anhela ser virtuoso, si no le parece que todo nace de la ira, la envidia y la miseria; si acaso prefiere ser de los que sufren injurias y callan o de los que injurian y se enfurecen; si acaso no admira al que tolera y sufre la injuria. No vayas a pensar que semejantes procederes tornan despreciable. Nada hay que torne más despreciable que causar injurias; nada que haga tan respetable como el sufrir las injurias. El que las causa es un rijoso; el que las sufre, un hombre de virtud. Aquel es menos que hombre; este otro es igual a los ángeles. Este, aun cuando sea tal vez inferior al rijoso, podría vengarse si quisiera. Además, se atrae la compasión de todos, mientras aquel otro es aborrecido. En consecuencia ¿qué? ¿Acaso no es éste, por tal razón, más excelente? A aquél todos lo tendrán por loco furioso; a éste, por hombre prudente.

De manera que si alguno quiere obligarte a que acuses de mala manera a otro, respondele: Yo no puedo maldecirlo, pues temo que en realidad no sea tal como dicen. Pero sobre todo guárdate de afirmarlo allá en tu mente y no hables en ese sentido con ningún otro. Tampoco invoques a Dios contra él. Si oyés que hablan mal de él, defiéndelo. Di: sus palabras no son de él. Son de la ira, son de la ira y no de él, que es mi amigo; del furor le nacen y no de su alma. Pensemos así acerca de cada uno de sus yerros. No esperes a que el fuego alcé llama: ¡apágalo antes! No exacerbes a la fiera; no permitas que se irrite. Si la llama se levanta ya no podrás apagarla.

Pero ¡vamos! ¿qué fue lo que te dijó? ¿Estulto, necio? Pues bien: ¿cuál de entrambos sale culpado: el que oye esa palabra o el que la dice? Este, aun cuando sea sapientísimo, será tenido por necio, aquél, aun cuando sea estultísimo, será tenido por sabio y virtuoso. Pregunto: ¿Quién es más necio: el que profiere contra otro lo que no es verdad, o el que ni aun así se irrita? Si lo propio del hombre virtuoso es no irritarse, aun cuanto tú lo incites, el irritarse sin que nadie lo incite, ¿de cuán grande necesidad no será propio?

Y todavía no me refiero al lugar de castigos que está preparado para quienes profieren contra el prójimo oprobios y palabras que dañan. Pero ¡vamos! ¿te llamó villano, vil y nacido de viles padres? Pues contra sí mismo convierte el oprobio, puesto que tú aparecerás honorable y digno de respeto, y él aparecerá como vil. Al fin y al cabo echar a la cara como una afrenta lo bajo del linaje, es propio de ánimos villanos. Grande de verdad y magnánimo es quien no se inmuta con eso, sino que se ha como si oyera decir que posee una excelencia que otros no tienen.

Pero dirás: ¡me llamó adulterio y otras cosas semejantes! Hay que reírse de eso, pues cuando la conciencia no acusa, no hay motivos para airarse. Y si te viene al pensamiento lo feo y lo perverso de las palabras que dice, ni aun así hay que dolerse. Pues al fin y al cabo más tarde habrían de conocer todos lo que él ya descubre desde ahora; y por aquí se hace indigno de la confianza de todos, por no haber sabido callar los pecados del prójimo; y quedará cubierto de vergüenza más que el otro, ya que se ha cerrado todo puerto y se ha preparado graves castigos en el juicio futuro. Nadie aborrecerá tanto al que ha sido descubierto, como al que reveló lo que debía callar.

Por tu parte, no reveles lo que sabes, sino cállalo siquieres tener una fama brillante. Procediendo así, no sólo echarás abajo y ocultarás

lo que se dijo, sino que harás otra obra buena. Harás que ya no se sentencie en tu contra. ¿Te maldice alguno? Di tú: Si ese supiera todo lo que hay en mi interior, no diría solamente eso. ¿Os ha causado admiración y estupor lo que acabo de decir? Pues lo importante es practicarlo. Por este motivo hemos referido todo cuanto dicen los paganos. No porque las Sagradas Escrituras no contengan innumerables cosas iguales, sino porque los ejemplos paganos pueden ruborizarnos mejor. También la Sagrada Escritura suele inducir a vergüenza, como cuando dice: *¿Acaso no hacen lo mismo los paganos?*⁶ Y el profeta Jeremías trae al medio a los hijos de Recab (XXXV, 3), que no quisieron quebrantar el precepto de su padre. Maldijo a Moisés su hermana María, pero él al punto mediante sus ruegos apartó de ella el castigo y no dio lugar a que se dijera que él se había vengado.

No procedemos así nosotros, sino que anhelamos sobre todo que se sepa habernos vengado de la injuria. ¿Hasta cuándo respiraremos con hálitos terrenos? La batalla no puede establecerse por una sola de las partes. A los enfurecidos los enfureces más si tratas de arrastrarlos por ambos lados; pero si les tiras de la derecha o de la izquierda, los aplacas. Cuando el que golpea no encuentra uno que lo sufra, más se exaspera; pero si el golpeado cede, más bien se aplaca y los golpes se vuelven contra él. Nadie hay perito en toda clase de certámenes que así supere a su competidor como aquel que siendo injuriado no se venga; porque el adversario tiene al fin que apartarse con vergüenza y reprobado antes que por nadie por su propia conciencia y además por todos los espectadores. Es proverbio muy conocido: El que honra a sí mismo se honra. En consecuencia, el que injuria a sí mismo se injuria.

Lo repetiré. Nadie puede dañarnos si nosotros mismos no nos dañamos. Nadie hay que haga pobre sino yo mismo. ¡Ea, pues! Veamos el asunto por esta faceta. Tenga yo una alma mezquina. Despójense todos de sus riqueza en favor mío. ¿Qué se sigue de aquí? Mientras el alma no se cambie, todo es en vano. Tenga yo una alma grande. Llévense todos todas mis riquezas. ¿Qué se sigue de aquí? Mientras tú mismo no empobrezcas tu alma, ningún daño te viene por eso. lleve yo una vida pecadora. Aun cuando todos aseguren de mí lo contrario, ¿de qué me sirve? aun cuando no lo digan, pero con el pensamiento la repreban. lleve yo una vida pura y afirmen los demás todo lo contrario. ¿Qué se sigue de esto? Porque en su interior condenan ese juicio, ya que no lo afirman porque de ello estén persuadidos. De manera que así como no conviene dar entrada a las alabanzas, así tampoco a las acusaciones.

¿Por qué dije esto? Porque si queremos, nadie podrá jamás ni ponernos asechanzas ni envolvernos en alguna acusación. Reflexionemos así: arrastremos a uno ante los tribunales y colmémoslo de calumnias. Añade, si te parece, que él se enfurezca. ¿Qué significa esto si un poco lo soportas todo sin merecerlo? Dirás que ya eso mismo es un mal. Pues bien, digo que no, puesto que es un bien el que padeczas sin merecerlo. O ¿qué? ¿convenía acaso padecer mereciéndolo? diré algo más todavía. Certo filósofo pagano, como oyera que un hombre había muerto y que uno de sus discípulos exclamaba: ¡Ay de mí! ¡murió injustamente!, el maestro, volviéndose a él le dijo: ¿Cómo? ¿habrías tú querido que muriera justamente? ⁷ ¿Acaso no murió injustamente el Bautista? Entonces ¿a cuál de ambos compadeces más: al que injustamente sufrió la muerte o al que la sufrió justamente? ¿Acaso no llamas más bien miserable a éste y bienaventurado al otro?

¿En qué, pues, daña al hombre la muerte, siendo así que con ella adquiere grande ganancia, en vez de sufrir algún daño? Si la muerte lo convirtiera de inmortal en mortal, tal vez se encontrara en ella algún daño; pero si al que es mortal lo hace inmortal; si al que por su misma naturaleza tiene que morir poco después, la muerte se apresura a llevarlo a la gloria, ¿qué daño se le ha seguido? Tengamos el alma en orden perfecto y ningún daño nos vendrá del exterior. Pero es que se vive acá glorioso. Y eso ¿qué? Pues lo que sucede con las riquezas eso mismo sucede con la gloria. Si yo fuera magnánimo, de nada necesitaré; pero si amo la vanagloria, cuanto más de ella consiga, tanto más cosas necesitaré. Espléndido seré y gozaré de mayor gloria cuando la desprecie.

Sabiendo estas cosas, demos gracias a Cristo, nuestro Dios, que nos ha concedido tal género de vida y abracémosla para gloria suya; pues a él conviene la gloria juntamente con el Padre, que no tiene principio, y con su Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Llamaban helenistas a los judíos y paganos convertidos al judaísmo y nacidos fuera de Palestina. Hablaban griego y tenían sus sinagogas particulares en Jerusalén. Es probable que los judíos cristianos nacidos en Palestina se consideraran con mayores derechos que los helenistas, y de aquí nacería el conflicto.
2. Se refiere el santo al famoso Josefo que escribió largamente sobre *Antigüedades Judaicas*. Trata ahí de Judas Galileo en el L. XVIII, c. 1; y de Teudas en el L. XX, c. 2.
3. Gálat. II, 10.
4. Hechos XXI, 8.
5. Mat. XXVII, 42.
6. Mat. V, 47.
7. Reminiscencia de la *Vida de Sócrates* escrita por Laercio.

HOMILIA XV

Esteban, lleno de gracia y de poder, obraba milagros y prodigios grandes en presencia del pueblo.
(Hechos VI, 18)

MIRA CÓMO ENTRE aquellos siete había uno que sobresalía y ocupaba el primer puesto. Aun cuando la ordenación había sido común para todos, éste atrajo mayor Gracia. Anteriormente no hacía milagros, sino desde que fue puesto en público, para demostrar así que no basta la Gracia, sino que además se requiere la Ordenación, para que ésta actúe y se acerque al Espíritu Santo. Ya antes estaban llenos de Espíritu Santo los siete, pero eso fue por obra del bautismo.

Algunos que pertenecían a una sinagoga se levantaron. Llama levantamiento a la ira exacerbada de ellos. Mira acá también una turba, o mejor dicho una nueva forma de acusación. Porque como ya Gamaliel los había reprimido para que no recriminaran la predicación, introducen ahora la acusación en otra materia. Dice: *Se levantaron algunos de la sinagoga llamada de Los Libertos, cirenenses y alejandrinos y nativos de Cilicia y Asia a disputar con Esteban. Pero no podían resistir a la sabiduría y al espíritu con que éste hablaba.* Entonces sobornaron a unos sujetos, los cuales dijeron: Nosotros los hemos oído proferir blasfemias contra Moisés y contra Dios.

Para introducir la acusación dicen: *contra Moisés y contra Dios.* Precisamente disputaban con él para obligarlo a decir algo parecido. Pero Esteban hablaba con mayor claridad; y tal vez proclamaba la cesación de la Ley; o quizá ni siquiera la proclamaba, sino que solamente la insinuaba. Pues si abiertamente la hubiera proclamado, no habría habido necesidad de hombres sobornados ni de falsos testigos. Existían varias sinagogas: de los libertos y sus hijos, de los de Cirene. Los cirenenses viven más allá de Alejandría y tenían entonces espar-

cidas sus sinagogas entre todas las naciones. Tal vez habitaban allá para no verse obligados a emigrar con frecuencia. Los libertinos eran hijos de libertos romanos que así se llamaban.

Como habitaban en Jerusalén muchos peregrinos, sin duda tenían sus sinagogas en las que era necesario hacer sus oraciones y lecturas. Pondera cómo Esteban, arrastrado a las sinagogas, todavía se esfuerza en enseñar, mientras que los de la sinagoga sólo se mueven por envide por causa de los milagros y también porque los supera en elocuencia. Este se les hacía intolerable, por lo que presentaron testigos falsos. No querían darle muerte sin alegar ninguna causa, sino mediante los votos de la sinagoga y el Sanedrín para dañar con esto la fama de los demás predicadores. Por lo cual, dejando a un lado a los demás, acometen a los siete para por este medio aterrorizarlos a todos.

Y no dicen: Habla, sino: *No cesa de proferir expresiones* con el objeto de agrandar la acusación. Encolerizaron así a los ancianos y escribas; y echándose sobre él lo arrebataron y lo condujeron al Sanedrín. Ahí presentaron testigos falsos que afirmaron: *Este hombre no cesa de proferir expresiones contra este lugar santo y contra la Ley*. Dicen: *No cesa*, para indicar el empeño que pone. Porque le hemos oído decir que ese Jesús Nazareno destruirá este templo y cambiará las tradiciones que nos legó Moisés.

Dicen: *Ese Jesús Nazareno*, hablando con injuria y menosprecio. *Destruirá este lugar y cambiará las tradiciones*. De lo mismo habían anteriormente acusado a Cristo: *Tú que destruyes el templo de Dios*. Grande era la reverencia que al templo mostraban, como que anhelaban colocar allí sus habitaciones, y también al nombre de Moisés. Observa que es doble la acusación, pues dicen: Destruirá este templo; y también: cambiará las costumbres. Pero además es acerba y llena de peligros.

Y todos los que estaban sentados en el Sanedrín fijaron entonces en Esteban sus ojos y vieron su rostro como el rostro de un ángel. De manera que puede suceder que resplandezcan los que ocupan grados inferiores. Por mi parte pregunto: ¿En qué era Esteban inferior a los Apóstoles? ¿No obraba milagros? ¿No dio muestras de grande libertad en el hablar? *Y vieron su rostro como el rostro de un ángel*. Esto era el favor concedido a Moisés, ésta su gloria. Yo pienso que Dios lo hizo así de resplandeciente, tal vez porque debiendo él en seguida hablar, aun con el solo aspecto los aterroriza. Porque pueden, pueden, sí, los rostros llenos de espiritual gracia ser a la vez amables para quienes los aman y terribles para quienes los aborrecen.

O tal vez Lucas hizo notar con esto el motivo de que le permitieran hablar. Y ¿qué dice el príncipe de los sacerdotes?: *¿Es esto así?* ¿Adviertes cuán modesta y nada molesta es la pregunta? Por tal motivo también Esteban comienza suavemente y dice: *Hermanos y Padres: prestad atención. El Dios glorioso se apareció a nuestro padre Abraham, cuando éste vivía en Mesopotamia, antes de que se domiciliara en Harán.* Desde el comienzo deshace la opinión de ellos, y sin lugar a duda afirma que el templo nada es y nada las tradiciones; y que no podrían ellos detener el avance de la predicación; y que Dios siempre hace y dispone lo que parece imposible. Mira cómo con estas ideas teje Esteban todo su discurso; y les demuestra que habiendo ellos gozado de muchos bienes por la bondad de Dios, pagaron mal a su bienhechor y ahora además intentan algo imposible.

*El Dios glorioso se apareció a nuestro Padre Abraham; y le dijo: Sal de tu tierra y ven a la región que Yo te mostraré*¹. Aún no existía el templo; aún no había sacrificio, y ya Abraham recibía aquella visión celestial; él, que tenía progenitores persas² y habitaba en una tierra extraña. ¿Por qué Esteban al comenzar llamó a Dios: *Dios glorioso*? Porque Dios, a los que ninguna gloria tenían, los hizo gloriosos; y para demostrar que si a aquéllos los colmó de gloria, también y mucho más glorificará a estos otros. Advierte cómo los abstrae de las cosas materiales; y antes que nada, del lugar (pues de éste se trataba), diciéndoles: *El Dios glorioso*. Si El es el Dios de la gloria, sin duda que no necesita de la gloria nuestra ni de la gloria del templo, puesto que es El la fuente de la gloria. Como si les dijera: No penséis que así lo vais a glorificar.

Preguntarás: ¿por qué la Escritura se fija en este paso de la historia de Abraham? Porque no refiere lo que es menos importante y necesario. Nos enseñó únicamente lo que convenía que nosotros supiéramos; y que el vidente emigró llevando a su hijo. Lo demás lo calló, pues muy pronto murió el padre de Abraham, cuando éste ya habitaba en Harán.³ *Sal de tu parentela.* Declara por aquí que éstos no son hijos de Abraham. ¿Cómo? Porque Abraham fue obediente, mientras que éstos son desobedientes. Más aún, por lo que Abraham mandado llevó a cabo conocemos que él sufrió todos los trabajos, y éstos recogen los frutos; y que todos los progenitores de éstos vivieron entre fatigas.

Y habiendo salido de la tierra de los caldeos, habitó en Harán; y una vez que murió su padre, Dios lo pasó a esta tierra, en la que vosotros habitáis; y no le dio en ella heredad alguna ni lo que ocupa

un pie. Observa cómo los levanta de lo terreno. Porque no dijo dará, sino: No dio. Declarando así que todo fue obra de Dios y nada de ellos. Vino, pues, Abraham, tras de abandonar su parentela y su patria. Entonces ¿por qué no le dio Dios ni un palmo de esta tierra? Porque ésta era solamente figura de otra tierra que sí le prometió que le daría. ¿Adviertes cómo Esteban, no sin motivo, encadena de nuevo la narración? Dice: *No le dio. Y le prometió que la daría a su descendencia después de él, cuando él carecía de hijos.* Se muestra de nuevo aquí el poder de Dios, que realiza aun lo que parece imposible. Al ver que vivía en Persia, sitio tan lejano, le prometió el señorío de Palestina.

Pero repitamos ya lo que se ha dicho. Dice: *Clavarón en él los ojos y vieron su rostro como el rostro de un ángel.* ¿De dónde florecía en Esteban gracia semejante? ¿Acaso no le venía de la fe? Esto es claramente cierto, pues antes dijo de él que estaba lleno de fe. Porque puede poseerse otro carisma que no sea el de curaciones. Así dice Pablo el Apóstol: *A uno se le da la gracia de curaciones, a otro lenguaje de sabiduría*⁴. Por lo demás, yo creo que Esteban fue de rostro muy agraciado; y que esto es lo que se deja entender aquí cuando se dice: *Vieron su rostro como el rostro de un ángel.* Lo mismo se dice de Bernabé. Vemos, pues, que los sencillos e inocentes son los primeros en causar admiración y ser agraciados.

Entonces sobornaron a algunos que afirmaran y dijeron: Nosotros hemos oído a este hombre proferir palabras blasfemias. A los Apóstoles los habían acusado de lo mismo porque anuncianaban la Resurrección de Cristo y porque grandes turbas iban a ellos. A Esteban lo acusaban porque sanaba a los enfermos. ¡Oh necesidad! Los acusaban por cosas que debían agradecerles; y esperaban vencer con palabras a quienes no podían vencer en las obras, que fue exactamente lo que hicieron con Cristo: siempre se fijaban en solas las palabras. Les daba vergüenza arrastrar a los fieles a los tribunales vanamente, no teniendo cosa de qué acusarlos.

Advierte que los jueces no dan testimonio, pues se les había refutado, sino que sobornan a otros en vano: todo para que no apareciera que ellos usaban de violencia. Verás que lo mismo aconteció con Cristo. ¿Has notado la fuerza de la predicación y cómo florece no solamente cuando los pregneros son azotados sino también cuando son lapidados y cuando son llevados a los tribunales y cuando de todas partes se les expulsa? Por tal motivo, a pesar de los testigos

falsos, no logran vencer a Esteban; y ni aun pueden resistirlo, siendo ellos incluso hombres impudentes. Tan reciamente los venció Esteban, que aun cometiendo mil incongruencias, como las cometieron con Cristo, y a pesar de que tomaron todos los medios para condenarlo a muerte, claramente apareció que no era aquella lucha de hombres contra hombres, sino de Dios contra hombres.

Observa por otra parte qué es lo que dicen los falsos testigos sobornados por los que con ánimo sanguinario habían arrastrado a Esteban al Sanedrín: *Nosotros hemos oído a este hombre proferir palabras blasfemias contra Moisés y contra Dios.* ¡Oh impudentes! Hacéis obras blasfemias contra Dios y de eso no os cuidáis; y en cambio ¿simuláis andar solícitos acerca de Moisés? Echan por delante a Moisés porque de los intereses de Dios no cuidaban mucho, mientras que a Moisés continuamente lo citaban. Así dicen: *Este Moisés que nos sacó*,⁵ con lo que fácilmente movían a ira al pueblo.

Pero ¿cómo era posible que un blasfemo en tal manera los dominara? ¿Cómo podía un blasfemo hacer entre el pueblo semejantes milagros? Así es la envidia: convierte en necios a aquellos de quienes se apodera, hasta el punto de que no atienden a lo que se dice. Afirman ellos: *Nosotros hemos oído a este hombre proferir palabras blasfemias contra Moisés y contra Dios;* y también: *Este hombre no cesa de hablar contra el lugar santo y la Ley;* y añaden: *Que nos entregó Moisés;* pero ya nada dicen de Dios.

¿Adviertes cómo lo acusan de la destrucción de la nación y de la piedad? Pero a todos era manifiesto que un tal hombre no podía proferir audazmente tales cosas: tan grande mansedumbre resplandecía en su rostro. No dice la Escritura en qué cosas no lo calumniaran; pero como aquí todo era calumnia, con razón la castigó Dios aun por medio del rostro mismo de Esteban. Ciertamente a los Apóstoles no se les acosaba con calumnias, sino que se les prohibía la predicación. Pero a Esteban lo acometen con calumnias, por lo cual su rostro mismo lo justifica. Quizá ese brillo del rostro infundió vergüenza al sacerdote.

Por lo demás, ahí en donde Esteban dice: *Le había prometido*, deja ver que la promesa fue hecha antes de que hubiera un sitio deputado para ofrecer los sacrificios, antes de la circuncisión, antes de que existieran sacrificios ni templo; y que no recibieron ellos la Ley ni la circuncisión por méritos propios, sino que el darles aquella tierra fue simplemente un premio a la obediencia de Abraham. La promesa se

cumple antes de la circuncisión. Y en figura, ordenándolo Dios, se demuestra que ellos abandonaron su patria y parentela (ya que patria es el sitio a donde Dios los ha conducido) y que acá no tienen herencia.

Si alguno examina con cuidado, encontrará que los judíos son persas. También deja entender que cuando Dios habla se le ha de obedecer aun cuando no intervengan milagros o sobrevengan algunas cosas duras. Así obedeció a Dios el patriarca, abandonando el sepulcro paterno y todo lo demás. Y si el padre de Abraham no acompañó a éste cuando pasaba a Palestina, mucho menos lo acompañarán los hijos, aun cuando hagan con él gran parte del camino, puesto que no imitan las virtudes de su padre.

Y le prometió que se la daría en propiedad a él y a sus descendientes después de él. Gran benevolencia de parte de Dios se muestra aquí, grande fe la de Abraham, puesto que el haber creído cuando aún no tenía un hijo, es demostración de su obediencia y de su fe. Creyó a pesar de que las circunstancias le decían lo contrario, pues a él no se le dio ni un palmo de tierra y tampoco tenía hijo: cosas ambas adversas para la fe.

Considerando estas cosas, nosotros aceptemos lo que Dios nos ha prometido, aun cuando se verifiquen sucesos contrarios, pues en referencia a nosotros no serán contrarios, sino muy oportunos. Pues en donde intervienen las promesas divinas, si luego sobrevienen sucesos contrarios, éstos sí serán efectivamente adversos, pero no en relación a nosotros. Dios prometió para este mundo la aflicción y para el otro el descanso. Entonces, ¿por qué confundimos los tiempos? ¿Por qué lo alteramos?

Dime: ¿te angustias y perturbas porque vives en pobreza? Pues no te turbes. Tendrías razón para turbarte si en la vida futura hubiera tribulaciones. Acá la tribulación misma es causa de paz, pues dice Jesús: *Esta enfermedad no es para muerte.*⁶ La tribulación en la otra vida es castigo; en ésta es amaestramiento y corrección. El tiempo presente es de lucha; de manera que es necesario entrar al pugilato: es tiempo de guerra y de batalla. En la guerra nadie busca el deleite ni se cuida de las riquezas ni de la esposa: lo único a donde atiende es a cómo vencerá el enemigo.

Hagamos nosotros lo mismo. Si vencemos y regresamos con trofeos, el Señor no dará lo demás. Cuidemos de sólo una cosa: cómo venceremos al demonio. Más aún, esto no es obra del empeño nues-

tro, sino toda de la Gracia divina. Tengamos un empeño y cuidado: cómo lograr la Gracia, cómo obtener ese auxilio divino. *Si Dios por nosotros ¿quién contra nosotros?*⁷ Cuidemos únicamente de no convertirnos en enemigos de Dios, pues El no se apartará de nosotros. Lo malo no es ser atribulado, sino caer en pecado. Pecar es gran tribulación aun cuando vivamos entre placeres; y esto no únicamente para la vida futura, sino también para la presente.

¿Qué piensas del remordimiento de nuestra propia conciencia? ¿qué tormento habrá peor que éste? Quisiera yo preguntar cuidadosamente a quienes viven entre pecados si acaso nunca se acuerdan de sus pecados, si no tiemblan, si no temen, si no penan, si acaso no proclaman felices a los que pasan su vida en ayunos y en el ejercicio de las virtudes allá en la soledad de las montañas. ¿Quieres tener descanso en la otra vida? Padece acá tribulaciones por Cristo: no hay cosa igual a este descanso.

Los Apóstoles gozaban cuando eran azotados. Pablo nos aconseja: *Gozaos en el Señor.*⁸ Preguntarás: ¿cómo puede alguno gozarse entre tormentos, cadenas y tribunales? Respondo que precisamente es ahí en donde sobre todo se puede hallar gozo. Aprende cómo puede uno gozarse en donde hay esas cosas. El que no tiene conciencia de pecado se alegrará en gran manera, hasta el punto de que cuanto más agrande la tribulación, le atribuyas un gozo mayor. Dime: el soldado que ha recibido infinitas heridas ¿no regresará henchido de gozo, y teniendo sus mismas heridas como pruebas de valor, su brillo, su recto comportamiento? Si tú pudieras lanzar aquella exclamación de Pablo: *Llevo en mi cuerpo las llagas de Jesús,*⁹ podrías por el mismo hecho ser grande y brillante y glorioso. Dirás: pero es que ahora no hay persecución. Pues bien, pelea contra la vanagloria; y si alguno dice algo contra ti, no temas eso por Cristo. Pelea contra la tiranía del lujo; pelea contra la ira, pelea contra el tormento que imponen las pasiones. Estas son las heridas, éstos los padecimientos.

Dime: ¿qué es en los tormentos lo más duro? ¿No es acaso el dolor que al alma quema? En los tormentos corporales es el cuerpo el destrozado; pero en las luchas del alma, todo da contra ella. Dolor hay en ella cuando se aíra y cuando sufre cualquiera otra de esas pasiones, pues más padece que hace. Irritarse y envidiar, más es padecer que hacer. Por tal motivo las pasiones reciben el nombre de enfermedades, de heridas, de llagas. Son de verdad enfermedades, y por cierto más graves que las enfermedades corporales.

Vosotros los iracundos por una enfermedad sufrís la ira. De modo que quien no se áfria, tampoco padece. ¿Advertís cómo no padece aquel a quien se infiere injuria, sino aquél que la infiere? Ya anteriormente lo he dicho. Y que sea éste quien padece se ve claro aun por el nombre de su enfermedad, pues se llama *pasión*. Se ve claro también por lo corporal, pues de la ira nacen esas otras afecciones, como cegarse la vista, el estupor y mil otras más.

Dirás: pero es que fue mi hijo quien me injurió, fue un criado. No vayas a pensar ser efecto de cobardía que tú no hagas lo mismo. Yo te pregunto: ¿Estuvo bien hecho lo que ellos te hicieron? Creo que no lo afirmarás. Pues no hagas tú lo que ves que no está bien. Conocidas tengo las feroces iras que en esas personas se engendran. Instarás: pero ¿si me desprecian? ¿si insisten en los desprecios? Refútalo, reprimelo, ruégale. Con la mansedumbre se apaga la ira. Acécarte a él, convéncelo. Claro es que en lo que personalmente nos toca no se puede proceder así; pero en lo que toca a los otros es necesario que así procedamos.

No estimes como injuria personal el que injurien a tu hijo; y si te dueles de él, no te duelas como si fueras tú el injuriado. No porque a tu hijo le vaya mal quedas tú afrentado. El afrentado es aquel que obró mal. Apaga la llama de la espada desnuda, haz que ésta vuelva a su vaina. Si permanece desenvainada, con frecuencia usaremos de ella en el peor momento, excitados por la ira; pero si permanece envainada, aun en el caso de necesitarse, entonces se apagará la llama de la ira. No quiere Cristo que nos irritemos ni aun para defenderlo, pues oye lo que dice a Pedro: *Vuelve tu espada a la vaina.*¹⁰ ¿Y tú te irritas a causa de tus hijos? Enseña a tu hijo a ser virtuoso; refírele los padecimientos de Cristo; imita a tu Maestro. Cuando anunció a sus discípulos que serían deshonrados, no dijo: Yo los vengaré; sino ¿qué?: *Si a Mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán.*¹¹ Llevadlo pues con fortaleza: no sois mejores que Yo, dice El. Repítelle esto a tu hijo y a tu siervo. Diles: No eres tú mejor que tu Señor.

Pero semejantes palabras, me dirás, parecen salir de la boca de una viuda. ¡Ay de mí que no puedo con el discurso explicarme tanto como por la experiencia puede aprenderse! Para que lo aprendas, ponte en medio de dos que riñen; ponte de parte de los que son insultados y no de los que insultan. Verás entonces si no queda el triunfo de tu parte, si no recibes brillantes coronas. Mira cómo se comporta Dios en las afrentas y con cuánta mansedumbre y bondad responde. Dice El:

¿Dónde está tu hermano Abel? Y ¿qué contesta Caín? ¿Acaso soy yo guardián de mi hermano? ¹² ¿Habrá arrogancia mayor? ¿Aceptaría alguno de buena gana semejante respuesta ni aun de un hijo suyo? Pues de un hermano cierto que la tendría como ignominiosa. Pero Dios con la misma mansedumbre le replica: *La voz de la sangre de su hermano clama a Mí.*

Dirás: ¡bien está eso! Pero es que Dios es superior a la ira. Es verdad. Pero para eso bajó el Hijo de Dios, para hacerte Dios en cuanto dan las fuerzas humanas. Instarás: Es que soy hombre y no puedo soportarlo. Entonces, permítenos traerte de ejemplo a otros hombres. Y no pienses que me refiero a Pedro ni a Pablo, sino a otros en gran manera inferiores. El criado de Elí injurió a Anna diciéndole: *Digiere el vino que has bebido.* ¹³ ¿Podía haber algo más injurioso? ¿Qué responde aquella mujer?: *Soy una mujer puesta en amargura.* En realidad nada hay que iguale a la aflicción, que es madre de la virtud. Esta misma mujer tenía una émula, pero no la cargó de injurias, sino ¿qué hizo? Se refugió en Dios y en la oración; y en su oración ni siquiera mencionó a su émula, ni dijo: Señor, pues ella me ha colmado de oprobios, Tú vengame: ¡tan acostumbrada estaba a la virtud!

Avergoncémonos, oh varones, pues bien sabéis que nada hay más terrible que los celos. Pero tampoco el publicano, siendo injuriado, respondió con injurias aun cuando si hubiera querido bien podía hacerlo. Lo llevó todo virtuosamente y sólo dijo: *Sé propicio a mí, el pecador.* ¹⁴ También Memfibaal, acusado y calumniado por su siervo, nada malo habló ni hizo contra éste, ni ante el rey. ¹⁵ ¿Quieres conocer también la virtud de una meretriz? Oye a Cristo, que dice, mientras ella le seca los pies con sus cabellos: *Los publicanos y las meretrices os precederán en el reino.* ¹⁶ ¿La viste de pie, llorando, lavando sus propios pecados? Pues bien: injuriada no se afra. Decía el injuriador: *Si ése supiera que esa mujer es pecadora, no le permitiría lo que hace.* No le replicó ella: ¿Qué, pues, te pregunto: tú no tienes pecados? Sino más bien toleró todo, más bien gimió y lanzó lágrimas más fervientes aún.

Pues si las mujeres, los publicanos, las meretrices tanta virtud tienen, y esto antes del tiempo de gracia, ¿qué perdón podemos merecer los que, tras de tanta gracia, reñimos peor que fieras y mordemos y pateamos? Nada hay más vergonzoso, nada más vil, nada más modesto, nada más desagradable, nada más dañino que la ira. Digo esto

para que mostremos mansedumbre, no únicamente con los varones, sino también con tu esposa, de modo que si es locuaz la toleres: sírvate tu esposa de palestra y de gimnasio. ¿Cómo no ha de ser absurdo que aceptemos los gimnasios que ningún provecho acarrean y en donde quebrantamos los cuerpos, y en cambio no nos preparemos un gimnasio doméstico que aun antes del certamen nos obtenga la corona?

¿Te injurió tu esposa? ¡No te hagas tú mujeril! Porque injuriar es cosa propia de las mujeres, es una enfermedad del alma; es un vicio. No te creas vil por el hecho de que una mujer te injurie. Lo vil en ti es que tú injurias mientras ella es virtuosa. Pero si toleras las afrontas, eso será la prueba de tu gran fortaleza. No digo esto para inducir a las mujeres a que injurien –¡lejos tal cosa!–, sino que si acaso, por instigaciones del demonio, eso aconteciere, vosotros los varones lo toleréis. Propio es de los varones fuertes sobrellevar a los seres débiles. Si tu criado te contradice, tú procede virtuosamente: no le digas lo que merece oír, no le hagas lo que merece sufrir, sino di y haz lo que conviene que tú digas y hagas. Jamás injuries a una doncella pronunciando palabras torpes; nunca llames malvado a un doméstico: ¡no es él quien queda injuriado, sino tú!

El que se aíra no puede contenerse, como tampoco el mar cuando sus olas se agitan. No puede permanecer pura una fontana si en ella cae lodo; tanto así mezcla todo la ira; tanto así desordena todas las cosas. Si azotas, si rasgas la túnica, tú eres el que ha recibido un daño mayor. El otro lleva el golpe en su cuerpo; pero tú lo llevas en tu alma. A ésta la rasgaste, a ésta la heriste. Sujetaste el auriga a los corceles. Procuraste que ellos, ya caído en tierra, te arrastraran. Sigue de lo mismo que si un auriga, enojado con otro, permite que su enemigo lo arrastre.

Ya sea que reprendas, ya que amonestes o hagas otra cosa cualquiera, procede sin ira, sin furor. Si el que reprende es como médico del que yerra, ¿cómo podrá curar a otro cuando antes bien se hace daño a sí mismo y a sí mismo no se cura? Pregunto yo: si un médico fuera a curar a otro enfermo tras de haberse él mismo herido o sacado los ojos ¿podría en ese estado curar? Responderás sin duda que de ninguna manera. Pues igualmente tú, aun cuando reprendas, aun cuando amonestes, que tus ojos tengan su mirada pura. No perturbes tu mente. De otro modo ¿cómo podrá verificarse el medicamento? No pueden permanecer en igual tranquilidad el que se irrita y el que no se

irrita. ¿Por qué, arrojado así el maestro de su trono, te pones luego a enseñar al que yace por tierra?

¿No has visto a los jueces cómo cuando han de juzgar toman asiento en su trono y toman la presentación que conviene? Pues procede tú lo mismo. Adorna tu alma con la vestiduras propias de juez, o sea con la verdadera equidad, y luego siéntate en tu trono como juez. Dirás que en semejante forma el otro no te temerá. Pues bien, más se temerá. Si procedes al contrario, aun cuando alegues cosas justas, el criado las tomará como fruto de tu furor. En cambio, si hablas con mansedumbre, él mismo condenará sus propios procederes. Y lo que sobre todo importa y es lo principal, serás más grato a Dios. Podrás así conseguir los bienes eternos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sean al Padre juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Gén. XII, 1.
2. Varias veces hemos anotado cómo para el Santo persas eran casi todos los orientales.
3. Traducción conjetal, pues el texto es, como anota Migne, *locus implicatus*. Literalmente parece decir: que la visión la tuvo el padre de Abraham, lo cual no es exacto.
4. I Cor. XII, 19.
5. Hechos VII, 40.
6. Juan XI, 4. Párrafos no muy claros.
7. Rom. VIII, 31.
8. Filip. IV, 4.
9. Gálat. VI, 17.
10. Mat. XXVI, 52.
11. Juan XV, 20.
12. Gén. IV, 9.
13. I Sam. I, 14. Nótese que el texto original dice haber sido Elí quien interpeló a Anna, que oraba, y no el criado.
14. Luc. XVIII, 13.
15. II Sam. XVI, 3. Este Memfibaal es el Memfibaal de la Vulgata y Memfibosté de los LXX. En I Paral. VIII, 34 se le llama Meribbaal.
16. Mat. XXI, 31.

HOMILIA XVI

Y le habló Dios de esta manera, diciendo: Que su descendencia será forastera en país extranjero y los esclavizarán y los vejarán durante cuatrocientos años. Pero Yo, dice el Señor, castigaré a la nación a la cual servirán. Y tras esto saldrán y me rendirán culto en este lugar.
(Hechos VII, 6-7)

MIRA CON CUÁNTOS AÑOS de antelación se hace la promesa y el modo en que se hace; y todavía nada hay de sacrificios, nada de circuncisión. Declara aquí Esteban haber permitido Dios que los afigieran, pero que quienes los afigirían no quedarían sin castigo. *Castigaré a la nación a la que servirán, dice el Señor.* Advierte que el mismo que hace la promesa y que les concede aquella tierra, primero permite males. Es lo mismo que ahora sucede. Aunque haya prometido el Reino, permite que acá seamos ejercitados con tentaciones. Y si ahí promete la libertad para dentro de cuatrocientos años, ¿qué hay de admirable si hace otro tanto respecto del Reino de los Cielos? Y así lo cumplió, y no pudo el tiempo comprobar que fueran falsas sus palabras, aunque ellos fueron oprimidos con muy grave servidumbre. Pero Dios no se contentó con castigar a los opresores, sino que prometió bienes a los israelitas. Creo yo que aquí Esteban quiere traerles a la memoria a los judíos esos beneficios.

Y concertó con él la alianza, cuya señal fue la circuncisión.; Y así engendró a Isaac, y al octavo día lo circundidó. E Isaac a Jacob, y Jacob a los doce patriarcas. Y los patriarcas, envidiosos con José, lo vendieron para Egipto. Lo mismo sucedió con Cristo, pues José era figura suya. Y dándolo a entender Esteban, se alarga en referir toda la historia. No teniendo ellos nada contra él, como viniera para traerles

alimentos, lo recibieron de mala manera. Y aquí entra de nuevo la promesa que por tiempo tan largo debían esperarse, en favor de los israelitas. *Y lo libró de todas sus tribulaciones.* Declara aquí que ellos, sin saberlo, ayudaron a que se cumpliera la profecía; que ellos fueron los causantes y que sobre ellos recayeron los males.

Y le otorgó gracia y sabiduría delante del Farón, Rey de Egipto. Otorgó al siervo gracia delante de un Rey bárbaro, al cautivo, al que sus hermanos habían vendido; pero el Rey lo colmó de honores. *Y sobrevino hambre grande y aprieto sobre todo Egipto y Canaán; y no encontraban alimento nuestros padres.* *Como oyera Jacob que en Egipto había trigo, envió a nuestros padres una primera vez.* *Y en la segunda José se dio a conocer a sus hermanos.* Y descendieron a Egipto a comprar, y tuvieron que acudir a él.

Y ¿qué hizo José? Les mostró su benevolencia no sólo en eso, sino que además los presentó al Faraón y los llevó a Egipto. *Y el Faraón vino en conocimiento del linaje de José.* *Y José envió a llamar a su padre Jacob y a toda su familia, que contaba setenta y cinco personas.* *Y Jacob bajó a Egipto.* Y murió él y también nuestros padres. Y fueron trasladados a Siquem y depositados en la sepultura que había comprado Abraham a precio de plata de los hijos de Emor, siquemitas. *Y conforme se acercaba el tiempo del cumplimiento de la promesa que Dios había jurado a Abraham, el pueblo creció y se multiplicó en Egipto.* Hasta que surgió otro Faraón en Egipto, Rey que no conocía a José.

He aquí un nuevo motivo para perder la esperanza. El primero fue el hambre; el segundo, que cayeron en poder de un hermano ofendido; el tercero, cuando el Rey sentenció qué se les diera muerte. Pero de todo eso los libró Dios. Luego, declarando la sabiduría de Dios, Esteban prosigue: *En estas circunstancias nació Moisés, grato a los ojos de Dios.* Si fue admirable que José fuera vendido por sus hermanos, más admirable es que Moisés fuera educado por el Rey a quien derribaría de su poder y al cual perdería y destruiría.

¿Adviertes cómo en casi todo está figurada la Resurrección? No es igual que Dios por Sí mismo haga algo y que lo haga el humano albedrío. Pues bien: tales sucesos no provenían de humano propósito. *Y era poderoso en sus palabras y en sus obras.* Lo dice Esteban declarando a Moisés salvador de los israelitas y a éstos como ingratos para con su bienhechor. Así como anteriormente fueron salvados por José, a quien habían hecho mal. Pero ¿y qué si de hecho no lo mata-

ron? Ciertamente, cuanto estuvo de su parte, aquéllos con sus palabras dieron muerte a José, como éstos a Moisés. Aquéllos vendieron a José para una tierra extraña; éstos hicieron huir a Moisés de una tierra extranjera a otra también extranjera. A aquél cuando les llevaba alimentos; a éste cuando les aconsejaba cómo estar bien con Dios. Así se comprueba ser verdadero, por la providencia con que se va desarrollando todo, el dicho de Gamaliel: *Si es obra de Dios no podréis destruirla.*

Y tú, cuando oyes que quienes fueron acometidos con asechanzas, esos mismos fueron los que salvaron a sus propios enemigos, admírate de la divina sabiduría tan ingeniosa. Pues si aquéllos no hubieran sido acometidos con asechanzas, éstos no se habrían salvado. Hubo hambre y a éstos no los consumió. Ni solamente eso, sino que precisamente los salvó aquel a quien esperaban haber muerto. Se dio la orden del Rey, pero no los destruyó, sino que, por el contrario, fue entonces cuando más creció el número de ellos, o sea tras de haber muerto el Faraón que los conocía. Ellos querían matar a Moisés, pero no lo consiguieron.

¿Adviertes que por los medios con que el demonio procuraba que no se realizara la promesa, precisamente por ésos floreció? Lo propio hubiera sido que exclamaran los israelitas: Sabio es Dios y puede sacarnos de aquí. Porque sabiduría de Dios era que aquel linaje se multiplicara en tan adversas circunstancias, en servidumbre y vejado con miserias y muerte. En todo estaba la magnitud de la promesa. Si todo se hubiera desarrollado en el país propio de ellos, la cosa no habría sido tan admirable. Y no habían permanecido en tierra extraña por poco tiempo, sino por cuatrocientos años.

Entendemos también por aquí la gran astucia de los Faraones, pues no utilizaban a los israelitas como señores a sus criados, sino como déspotas y enemigos. Por lo cual Dios les predijo que alcanzarían plena libertad, porque eso significa: *Me darán culto en este lugar y retornarán a su país.* Lo cual se verificó no sin castigo de los opresores. Observa cómo aparenta dar a la circuncisión en esto alguna importancia, cuando en realidad ninguna le da, puesto que la promesa precedió a la circuncisión, de modo que ésta fue posterior.

Y los patriarcas envidiosos. No los acusa y ofende, sino que les muestra agradecimiento. Llama patriarcas a los progenitores, porque los oyentes los estimaban en gran manera. Por otra parte, hace ver que los santos no estuvieron sin compartir los trabajos, sino que alcanza-

ron el auxilio divino en medio de las mismas aflicciones. Y esto cuando no sólo no apartaban de sí las dichas aflicciones, sino que cooperaban con los que los afigían; siendo así que más debieran haber procurado echarlas de sí. De modo que así como aquéllos vendiendo a José lo tornaron más ilustre, así el Faraón, mandando matar a los hijos varones de los israelitas, tornó más ilustre a Moisés. Sin semejante orden, no habría sucedido esotro.

Mira la providencia de Dios. El Faraón hace que huya Moisés, y Dios no lo impide, preparando de este modo lo que luego iba a venir, con el objeto de que allá en la otra región recibiera la visión de Dios en la zarza. Igualmente hizo rey a José en el sitio mismo en que era tenido como esclavo. Y así como José reina en el país para el cual lo vendieron, así Cristo mostró su poder muriendo en donde lo vendieron. Lo cual no sucedió únicamente para honra, sino además porque confiaba en su propio poder. Pero repitamos ahora lo ya dicho.

Y lo constituyó gobernador sobre Egipto y sobre toda su casa. Observa qué grandes cosas prepara Dios mediante el hambre. Dice: *Descendió Jacob a Egipto con setenta y cinco personas; y murió él y también nuestros padres. Y fueron trasladados a Siquem y depositados en la sepultura que había comprado Abraham a precio de plata a los hijos de Emor, siquemitas.* Hace ver aquí Esteban que ni siquiera eran dueños del sepulcro. *Y a medida que se acercaba el tiempo del cumplimiento de la promesa que Dios había jurado a Abraham, el pueblo creció y se multiplicó en Egipto. Hasta que surgió en Egipto otro Faraón que no conocía a José.* Advierte cómo no los acrecentó en tantos años, sino cuando ya se acercaba el término, a pesar de haber ya vivido en Egipto cuatrocientos años y más. También esto es cosa admirable.

Este procediendo con astuta malicia contra nuestro linaje, vejó a nuestros padres forzándolos a dejar expósitos sus parvulillos, para que no vivieran. Dicen: *Procediendo con astuta malicia.* Da a entender la muerte oculta, pues no quería el Faraón darles muerte abiertamente. Por eso añade Esteban: *A dejar expósitos a sus parvulillos. En estas circunstancias nació Moisés, agradable a los ojos de Dios.* Cosa digna de admiración es que quien luego había de ser jefe nazca no antes ni después, sino en plena rabiosa persecución. *Y fue criado durante tres meses en la casa paterna.* De modo que cuando en lo humano ya no quedaba esperanza y habían dejado a Moisés como expósito, entonces brilla la divina providencia.